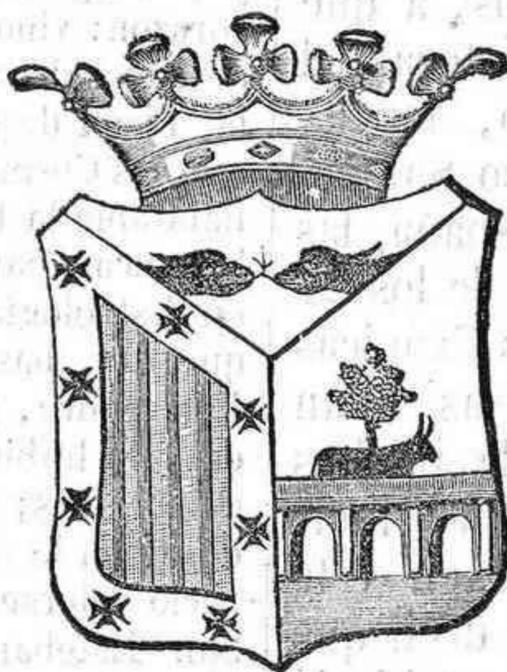


PRECIOS DE SUSCRICION.

En Salamanca 4 rs. al mes llevado á casa de los Señores Suscritores, y fuera 5 franco de porte.

**REDACCION DEL ALBUM.**

Las reclamaciones se dirigirán á la Redaccion, calle de la Rua, núm. 15, francas de porte.



ALBUM SALMANTINO,

semanario de ciencias, literatura, bellas artes é intereses materiales.

MEMORIA

sobre la Universidad de Salamanca.

(Conclusion.)

¡Qué recuerdos tan agradables y honoríficos no ha dejado en la Universidad de Salamanca José Sans Cardenal Aguirre! Aquí se instruyó, aquí esplicó, aquí manifestó aquellas virtudes y aquella alta sabiduría, que le elevaron á la sagrada púrpura. Roma fué el gran Teatro en donde brillaron en toda plenitud sus luces. Con ellas prestó grandes servicios en las congregaciones de Cardenales, á que asistió. Con ellas dió ilustre nombre á la patria

que le crió; á la Universidad que le instruyó, y en que enseñó. Con ellas su gran beneficencia salió muy ilustrada en todas las cosas á que se extendió. Con ellas están arregladas muy sábiamente las piadosas fundaciones, que hizo en esta Universidad, en Salamanca, y en otras partes. Su doctrina está consignada en muchos buenos libros; pero entre ellos, sobresale y es la mas estimada la coleccion de Concilios de España y del nuevo mundo con los comentarios y notas eruditas por él oportunamente añadidas.

Sería inmenso, cansaría la paciencia de los lectores, si enumerase, y quisiese elogiar uno por uno tantos hombres de ingenio y talento, que en esta Academia ó se han instruido, ó

han explicado, ó han descollado por su saber, ó se han distinguido y portado con honor en los altos puestos, á que han sido elevados. La Biblioteca del célebre D. Nicolás Antonio, los libros del bien acreditado crítico Santiago Echard, las historias de España, las particulares de Salamanca, y de los 27 Colegios en ella fundados, las Crónicas de todas las órdenes religiosas están llenas de escelsos héroes, de ínclitos escritores, en cuyas obras se vé lucir la doctrina que aprendieron en este universal Liceo. Bastará solo decir que á últimos del siglo XVI se estableció en Salamanca el Colegio de Nobles Irlandeses. Sus alumnos han oido siempre lecciones de Doctores, ó personas pertenecientes á esta Academia. Con ellas y con la asistencia puntual á los actos, que con solemnidad, y notable aprovechamiento de Maestros y discípulos se tenian todos los jueves del curso, salian de tal modo instruidos en las ciencias divinas, que volviendo á su pais, iluminaban esta Isla de Santos, conservaban en ella la religion Católica, produciendo ópimos frutos. Isabel Reina de Inglaterra no pudiendo resistir tan luminosos progresos, fundó un colegio con el solo y único objeto de contrarestar, y si era posible, extinguir los Salmantinos resplandores.

NOTA.

Sabida cosa son los viajes, y varia fortuna, que experimentó aquel glorioso héroe digno de eterna memoria, Cristobal Colón, en la prosecucion del asunto que habia tomado del descubrimiento del Nuevo Mundo. Desde Portugal, donde estaba casado, pasó á dar noticia de las esperanzas, que en este punto tenia, á su patria Génova. Despre-

cióse como novedad, fortuna que experimentó tambien con los Reyes de Inglaterra, y Portugal. No se acobardó su magnánimo corazon: vino á España, donde tambien fué despreciado al principio, y conociendo que la razon de no aprovechar era el error en que los Cosmógrafos estaban, de que no era habitable la tierra, que el decia, pasó á Salamanca, para probar con razones fundadas en Astrología, Geografía y Cosmografía, en que era bastantemente perito su asunto. Era pobre, y aunque fuera de mucho caudal, lo hubiera consumido en tantas peregrinaciones; y así se vió obligado á valerse de quien le sustentase. Para este fin le pareció valerse del patrocinio del Convento de San Esteban, pareciéndole que si le admitiesen, era el medio mas oportuno para sus intentos; pues no solo remediaba su necesidad sino que en él hallaba hombres de grande autoridad y ciencia, no ignorantes aun en las artes, que él profesaba. El Convento tomó por su cuenta favorecerle, dándole posada y plato, y aun admitiendo en sus claustros las conferencias y disputas, que en órden á este punto defendió Colón. Quien principalmente le ayudó fué el Maestro Fr. Diego de Deza, como confiesa el mismo Colón en la carta, que despues de la invencion de las Indias escribió al Rey, y que obra original, segun se dice, en el Consejo de Indias. Entró en el Convento á últimos del año 1484, como lo refiere el presentado Fr. Antonio Gonzalez de Acuña en la relacion que hace al general Marinís, de su Convento de Santo Domingo del Perú, fólío 25: convienen en esto Remesal en su historia de Chiapa (Lib. 2.º, Cap. 7.º, núm. 126.) D. Fernando Pizarro en sus varones ilustres del Nuevo Mundo en la vida de Colon (capítulo 3.º) citando á Bartolomé Leonardo de Argensola en los Anales de Aragon (Pag. 1.ª, Lib. 1.º, Cap. 10.) Pongamos las palabras de Pizarro en el lugar dicho, que prueban la venida de Colón á Salamanca, y lo ocurrido en S. Esteban. «Determinó (Colón) dice, de ir á la Universidad de Salamanca, como á la madre de todas las ciencias en esta Monarquía. Halló allí grande amparo en el insigne Convento de S. Esteban de Padres Dominicos, en quien florecian, en aquella sazón, todas las buenas

«letras; que no solamente habia Maestros y
 «Catedráticos de Teología y Artes; pero aun
 «de las demas facultades Mathematicas y
 «Artes liberales. Comenzaron á oírle, y á
 «inquirir los grandes fundamentos que te-
 «nia; y á pocos dias aprobaron su demos-
 «tracion, apoyándole con el P. Maestro Fr.
 «Diego de Deza, Catedrático de Prima de
 «Teología y Maestro del Príncipe D. Juan.»
 Y así el mismo Colón en la citada carta,
 que Bartolomé de las Casas, Obispo de
 Chiapa, (en la historia general de las Indias,
 Lib. 1.º Cap. 29) atestigua, que él la habia
 visto original, dice: «que debian los Reyes
 «Catholicos las Indias al Maestro Fr. Diego
 «de Deza, y al Convento de S. Esteban de
 «Salamanca.» Porque éstos aprobaron el
 proyecto de Colon y procuraron que fuese
 aprobado por los Reyes. Esto mismo se
 cuenta en una humilde súplica, que los Pa-
 dres del Convento de S. Esteban elevaron á
 la Magestad del Rey Católico Felipe V á
 principio del siglo XVIII, y que se dió á la
 imprenta, de la que yo he visto, tenido y
 leído un ejemplar. En el P. 1.º, Núm. 1.º y
 2.º dicha súplica habla así: «Acudió (Colón)
 «á los Reyes Catholicos D. Fernando y D.ª
 «Isabel, los cuales, como prudentes, no qui-
 «sieron determinarse en un negocio tan ár-
 «duo sin consulta larga de hombres doctos,
 «y de quien tuviesen la satisfaccion mas ple-
 «na: y así le remitieron á este Convento de
 «San Esteban, para que allí examinasen sus
 «designios y razones. Llegó Colón á S. Este-
 «ban año de 1484 y allí encontró quien le
 «entendiese, y atendiese sus razones. Detú-
 «vose largo tiempo aposentado en el Con-
 «vento, y asistiéndole este con todo lo nece-
 «sario, para su persona y viajes; teniéndose
 «al mismo tiempo largas y frecuentes confe-
 «rencias entre los Maestros de Mathemati-
 «cas, que habia allí entonces; y convencido
 «y aclarado, que Colón tenia razon en su
 «propuesta; por medio de los Religiosos fue-
 «ron convencidos los hombres mas celebra-
 «dos, que tenia España en aquel tiempo: y
 «así se tomó por obra el informar á los Re-
 «yes ayudando á Colón los Religiosos en to-
 «das sus operaciones. Fué con él á la Córte
 «el Prelado del Convento con otros Religio-
 «sos y Maestros, y estos le introdujeron con
 «los Reyes, informando con él á sus MM. y

«certificándoles de lo seguro é importante
 «de el asunto. Pero quien mas se singularizó
 «fué el doctísimo Maestro Fr. Diego de De-
 «za, entonces Cathedrático de Prima de Sa-
 «lamanca, y despues Maestro del Príncipe
 «Don Juan, Inquisidor General, Arzobispo
 «de Sevilla y Arzobispo electo de Toledo.
 «Este Maestro habló á los Reyes diversas
 «veces, acompañando siempre á Colón, has-
 «ta que pasó al Nuevo Mundo, que fué el
 «dia 3 de Agosto 1491.»

Lo mismo refieren Antonio de Remezal
 en la Historia de Chiapa y Guatemala Lib.
 2.º, Cap. 7.º, Núm. 3.º, Pág. 52; y Juan
 Melendez en la Historia de la Provincia Pe-
 ruana de la Orden de Predicadores Lib. 1.º,
 Cap. 1.º, Pág. 6.ª, quien tambien en la pá-
 gina 7.ª pone las palabras de Bartolomé de
 las Casas, que asegura que él habia oido al
 Arzobispo Deza afirmar: «Que habia sido
 «la causa de que los Reyes Católicos acep-
 «tasen la dicha empresa, y descubrimiento
 «de las Indias.» Pueden tambien verse á
 Fontana en los Monumentos Dominicanos al
 año de 1492, á Lefeburé en el Manual His-
 torial de Espondano Núm. 27, y al Bulario
 de la Ord. de Pred., Tom. 6.º, Pag. 295.

UN CAPÍTULO INÉDITO.

Mi querido Alfredo, decia M. Bes-
 nard á su nieto que era un jóven de
 27 años; mi querido Alfredo, tu
 perteneces demasiado á tu siglo, aban-
 donas á tus abuelos y crees que no
 sirven en este mundo mas que para
 leer un periódico sin pagar su con-
 tingente á los acontecimientos que ha-
 cen danzar nuestra sociedad. Ese es
 un enorme error, hijo mio: has de
 saber que los hombres se sostienen
 los unos á los otros, y forman una
 cadena en la cual cada eslabon tiene
 su valor: los que están mas cercanos

á nosotros, esos son los mas útiles. Tú tienes pesares, te vas quedando descolorido y en los huesos..... si fueras clásico te diría.

Tu carro, tus benablos y tu aljaba
 Todo te es importuno,
 Y olvidas las lecciones de Neptuno.
 Pero como *Racine* es una antigua-
 lla insoportable para esos modernistas
 entre quienes vives, te diré sencilla-
 mente que mi hijo, es decir tu padre,
 ha observado que ya no vas á cazar,
 y que ya no montas á caballo; aun-
 que por otra parte no le disgusta que
 hayan desaparecido de encima de su
 bufete las interminables cuentas del
 guarnicionero y del maestro de co-
 ches, que así suman francos con fran-
 cos como si se tratase de granos de
 arena. Tú vas á descargar tus pesa-
 dumbres en el seno de amigos jóve-
 nes é indiscretos, sin advertir que
 estos comprometerán no solo tus espe-
 ranzas en el porvenir, sino, lo que es
 mucho peor, tus pasiones mismas ¡Al-
 fredo! ¡Alfredo! mira por tí; vuelve
 la vista á tus parientes: en ellos ha-
 lláras bálsamo para todas las heridas,
 dinero para todas tus locuras, y con-
 sejos en todas tus irresoluciones. Va-
 mos, confíate á mí; si se trata de una
 de aquellas cosas que un hombre de
 mi edad no puede oír, te daré dine-
 ro sin pedirte cuentas, pero cuidado,
 que me he comprometido con tu ma-
 dre á volverte tu natural alegría, car-
 nes y color. Ya lo ves... media hora
 hace que estamos en la mesa, y ni
 comes, ni bebes, despreciando mi co-
 mida y mi bodega. Tu madre cree
 que estas enamorado: se trata de sa-

ber de quien, y á menos que sea de
 la mujer del.....

--Ah! señor, exclamó Alfredo
 echando los brazos al cuello de su abue-
 lo, no es casada.

--Lloras Alfredo? Vaya; valor fir-
 meza.

--Señor, la amo mucho, mucho;
 pero no lloro de amor, sino de rabia
 y vergüenza.

--Te desprecia por algun rival?

--Soy su único amor.

Te la niega su madre, ó quiere su
 padre que se case con otro?

--El padre y la madre me estiman
 y me admiten; pero hay otra perso-
 na que exige un novio rico y noble:
 su abuela, la señora condesa de Al-
 bois tiene destinada á su nieta un par
 de Francia.

--La condesa de Albois? Una mu-
 jer de mi edad? eh! Con qué amas á
 la señorita de Romans?

--Precisamente.

--Y la condesa de Albois te niega
 su nieta para dársela al hijo de un
 Par? Por qué no hablabas? Te casa-
 rás con la que amas: mucho mejor es
 entrar en competencia con el hijo de
 un par que con el de un banquero...
 Pero ya hemos almorzado: vamos á
 mi gabinete.

Quando M. Besnard estuvo bien
 arrellanado en su butaca, señaló con
 el dedo una papelera de caoba.

--Ahí encontrarás, dijo á su nieto,
 un cuaderno con cubiertas de color
 de rosa... Tómalo y lee.

Admirado el jóven de ver que en
 lugar de hablarle de su querida, le
 hacian leer un manuscrito bastante vo-

luminoso, iba á replicar; pero se contuvo, obedeció y empezó la lectura en el parage que su abuelo le señalaba. El manuscrito decia asi:

CAPITULO III.

Mis primeros amores.

Llegué á París provisto de buenas recomendaciones, y, lo que vale mucho mas, de una letra abierta, ilimitada, á cargo del banquero de mi madre. Esta queria que yo entrase en los guardias de corps; pero se iba oscureciendo de tal modo el horizonte político, que apenas pisé la capital ya recibí de mi casa la orden de no presentarme á las personas que podian facilitar el logro de mi pretension, y ademas el encargo especial de estar-me quieto, si no preferia volver á cobijarme bajo el techo paterno. Duro hubiera sido abandonar la capital y desandar el camino de la provincia tan insoportable para los jóvenes ricos, que ven en París un *Eldorado* mil veces mas brillante que el que plugó á Voltaire forjar allá en tiempo de entonces. Quedéme pues, aunque no sin costarme trabajo el obedecer á mi madre en un momento en que el trono necesitaba al parecer mayor auxilio, dejé de presentarme en las casas donde hubiera podido vituperarse mi obediencia, y, sin ocultar mi nombre, procuré oscurecer mi persona. Alojéme en una casita de la calle de Vertelet: tomé un solo lacayo, que dormia en la boardilla, lejos de mi habitacion: me vestí con la sencillez

que ya empezaba á ser de buen gusto y asisti de incógnito á la toma de la Bastilla, pues nos hallábamosen 1789.

Sin embargo, los negocios públicos por muy ardientes que fuesen, llamaban poco mi atencion, porque no se comprende la importancia de un acontecimiento hasta despues que ha llegado á colmo; y ademas, al ocultarme entre las turbas, habia adquirido su imprevisora indolencia: por otra parte me ocupaba otra cosa para mi mucho mas seria: estaba enamorado. Habia en la calle de Vertelet una muchacha llamada Juanilla, de diez y seis años, la mas linda morena que nadie ha visto: cara risueña, tez fresca y aterciopelada, hoyito en la barba, y aquel ardor de ojos, aquella animacion compañeros de una juventud viva y libre. Juanilla, dueña de estos tesoros que ni los ahorros de un rey podrian pagar, ganaba diez sueldos y seis dineros diarios en casa de una aplanchadora de fino. Ha sido una de las mas hermosas mujeres del directorio y del consulado; pero en esta época ya habia perdido su jovial candor, sus mejillas el brillo de la fresca edad que tan notablemente bella la hacian cuando la ví por primera vez. Pasaba yo todos los dias por delante de su obrador que estaba junto á mi casa, y siempre la veía activa y alegre, y siempre cantando cierta tonada que por tanto tiempo ha hecho bailar á todos los franceses. Yo contaba entonces veinte años, era alto y bien hecho, y mi madre hallaba perfecta la hermosura de su hijo,

Juanilla y yo nos mirábamos mucho: yo estaba continuamente ocupado en pasar y repasar por delante del obrador y creo que la grande facilidad de hablarnos que teníamos, retardó la primera conversacion: tuvo este lugar por fin; pero necesitábamos vernos sin testigos y Juanilla no ganaba sus diez sueldos y seis dineros sino con un trabajo continuo: por otra parte estaba sujeta á una maestra severa que no la perdía de vista mas que por la noche, despues de haberla encerrado en un cuarto del séptimo piso, cuya ventanilla daba al tejado de la casa. La pobre muchacha, aunque dotada de la mejor voluntad del mundo, no pudo hacer mas que comunicarme todos estos pormenores. Desalojé á mi lacayo, y, despues de un exámen preliminar del sitio, una noche, antes de que dieran las doce, llegué de tejado en tejado hasta el caramanchon de mi adorado tormento. Tan feliz como discreto, no tenia otros testigos de mi dicha que los gatos del barrio cuyos amores descomponia todas las noches. Juanilla se ponía colorada y bajaba los ojos cuando yo pasaba por la calle, y en nuestras largas conversaciones nocturnas entraba como es de suponer la apreciable credulidad de su maestra.

--Esta chica, decia madama Leblond, maestra planchadora es una dormilona sin igual: no le basta la noche, se va haciendo perezosa y se duerme con la plancha en la mano.

Juanilla me adoraba: la pasion que yo le tenia, halagaba al mismo tiempo su vanidad y su amor, pero ¡ay! todo tiene fin en este mundo, todo se

muda, nada es duradero. Trabé relaciones con la viudita del vizconde de L***, y cuando me admitió en su casa, cuando desde su sala pasé á su tocador, el séptimo piso de Juanilla perdió para mí todos sus atractivos y empezó á parecerme peligroso el camino que á él conducia: empezaron á hacerse menos frecuentes mis visitas, y poco despues cesaron absolutamente. Principiaba la revolucion, y estaba aun muy lejos de haber alterado nuestras costumbres: entonces se plantaba á una modistilla con la mayor imperturbabilidad y se hacia tan sencillamente, que parecia cosa natural. Juanilla se afligió muchísimo; pero sabia muy bien que nuestra conexion no podia ser eterna: hubo llanto y resignacion, nada mas: era mucha la distancia de ella á mí, y no podia haber lugar á recriminaciones atendibles. Malas eran estas costumbres; pero repito, que eran las de aquel tiempo. A una jóven que obraba como Juanilla, le parecia que habia adquirido un protector, un apoyo en las vicisitudes de su futura existencia: el precio á que habia comprado este arrimo misterioso, pero fiel, no entraba en cuenta. Así lo juzgué yo mismo, y no me creía sin deberes para con mi primer amor.

Dejé sin embargo la calle de Ver-telet, y como mi nueva amistad con la vizcondesa me obliga á nuevo método de vida, me alojé en el barrio de san German, compré caballos, aumenté el número de mis criados, y me presenté en el mundo cabalmente en el mismo momento en que iba á

disolverse la sociedad. No habia vuelto á oír hablar de Juanilla, cuando tres meses despues de nuestra separacion, la introdujo en mi cuarto mi ayuda de cámara: estaba mas hermosa y fresca que nunca, sus miradas algo atrevidas, tenian no sé que espresion de vanidad satisfecha que comunicaba á su fisonomía cierto aspecto de confianza y felicidad. Hay sobre los primeros amores un estribillo popular, cuya verdad no estabamos dispuestos á negar ni Juanilla ni yo, y despues de una conversacion en que mi ligereza se comprendió y perdonó, fué necesario que Juanilla llegase al objeto de su visita. Hízolo con desembarazo: la pobre muchacha era amada de un zapatero de la calle de Vertelet, hombre de treinta años, y buen camarada, que empezaba á ganar algun dinero y que no apetecía mas que casarse con ella.

No le quiero mucho en verdad, me dijo Juanilla; pero es trabajador, nada celoso, y será un buen marido: por otra parte es tan difícil en estos tiempos hallar un partido regular, que lo prefiero á cualquier otro.

Juanilla venia á pedirme su consentimiento y tambien que me calzase con su marido. Entonces recordé mis obligaciones para con ella y tomando de mi bufete un rollo de luises de oro, cuyo primitivo destino era satisfacer un capricho de la vizcondesa.

--Toma, hija mia, le dije: toma esos cien luises para tu dote, te ofrezco ser parroquiano de tu marido.

Hizo Juanilla una graciosa reverencia y corrió á casa de su notario para que añadiese una línea á su contrato

de boda. No la he visto despues; y he aqui el fin de mis primeros amores que no fueron por cierto de larga duracion. Sin embargo, despues he sabido la historia de mi querida: era demasiado bonita para casarse con un zapatero y no se casó. Luego inspiró amor á un abogado jóven cuya naciente fortuna ha cumplido despues lo que entonces prometia. Juanilla sea por cálculo, sea por tardía prudencia, resolvió convertir su ligereza en severidad: tuvo á raya al alumno de Temis, se casó con él, y pasó á ser madama de....

--Alto ahí, Alfredo, alto ahí! exclamó el anciano apoderándose del manuscrito: no leerás mas y me darás palabra de no adivinar cosa alguna si se compone tu boda como deseas.

M. Besnard arrancó las pocas hojas que su nieto acababa de leer, las firmó misteriosamente y habiéndolas cerrado bajo una cubierta perfumada, escribió el sobre y llamó en seguida á un criado.

--Lleva esta carta, le dijo, que no tiene respuesta... Por lo que á ti hace, Alfredo, procura tranquilizarte y acuérdate de que en las penas es muy bueno el dirigirse á los abuelos. Creo poder pronosticarte que te casarás con la señorita de Romans. Anda, amigo mio, y si adquieres buenas nuevas, vente á comer conmigo.

Fuése el jóven indeciso sobre lo que debia pensar, é ignorando precisamente si habia sido víctima de alguna broma de su abuelo, viejo alegre pero razonablemente cáustico, cuyas lecciones eran algunas veces enigmas difícilillos de adivinar.

--Juanilla! Juanilla! decia para sus adentros: ¿y que connexion puede tener semejante aventura con la señorita de Romans?

Sin embargo el interés que evidentemente tomaba por su amor un tan próximo pariente le habia reanimado: ya iba conociendo que un hombre perdido de amor no debe, por interés mismo de este amor, abandonarse á la tristeza, y corrió á mandar echar la silla á su caballo, harto olvidado algun tiempo hacia. Halló en paseo el carruage de aquella orgullosa abuela que no queria dar su nieta sino al hijo de un par de Francia. La condesa de Albois llevaba en su compañía á la señorita de Romans. Apenas vió á Alfredo le llamó con la mano.

--Caballero, le dijo; mucho tiempo hace que no nos hemos visto; ¿puedo confiar en que aceptareis el convite que hallareis en vuestra casa?

--Señora..... tartamudeó Alfredo..... á la verdad..... será el mayor placer.... que....

Pero ya el carruage habia desaparecido por el camino de París.

--Me saluda! me convida! pensaba Alfredo saltando de alegría sobre su galápago: vamos! iré á comer con mi abuelo.

Mientras tanto, hallábase M. Besnard en su gabinete: abrió un criado las dos hojas de la puerta y anunció á la señora condesa de Albois.

--No estoy en casa para nadie mas, dijo el anciano en voz baja, saliendo á recibir á la condesa.

--Confio que no estareis enfadada conmigo, le dijo cogiéndola galante-

mente la mano: las páginas que os he enviado no son ni una recriminacion ni una amenaza; sino un recuerdo que he querido despertar.

--Inmóvil delante de él madama de Albois, le miraba con una admiracion mezclada de supersticioso terror: no era aquel el hombre á quien en otro tiempo conociera. Su frente se habia despoblado, sus mejillas estaban arrugadas: la talla era elevada todavia, pero habia perdido su elegancia el cuerpo, su flexibilidad; y aquella mano, antes blanca y regordeta, aquella mano aristocrática, tipo particular, segun lord Byron, de los hombres de casta fina; aquella mano estaba seca, huesosa y descarnada. El examen á que al mismo tiempo se entregaba M. Besnard nada producía que fuese mas favorable á la condesa. Madama de Albois estaba rechoncha; sus dos sota-barbas le ocultaban el cuello; sus teñidas cejas hacian algo ariscos sus moribundos ojos, y sus espaldas semi-esféricas comunicaban á todo su personal un aspecto de gibosidad, que para los que la conocieron en otro tiempo, disminuía su talla en cantidad al menos de medio pie.

--Pobre Juanilla! exclamó por último M. Besnard: mucho has variado en cuarenta años!

--Y vos tambien, señor marqués.

--Escucha, Juanilla, repuso afectando gravedad: mi nieto ama á tu nieta; sus haberes son iguales: sé muy bien que tu situacion ha mudado mucho en cuarenta años y que has tomado en el mundo un lugar que no podias ni imaginar siquiera; sin

embargo, nunca creí que pudiera llegar el caso de solicitar el honor de entrar en tu familia: lo hago por la tranquilidad, por la vida tal vez de Alfredo que se muere de amor. Vos vereis, señora condesa, si os tiene cuenta el negaros á emparentar con vuestro primer amigo.

--Señor marqués, respondió Juanilla sin turbarse: nada teneis que echarme en cara, ni siquiera el haberos olvidado; he reusado la mano de mi nieta al nieto de M. Besnard; pero no al nieto del marqués de Savigny.

--Permitidme, señora, interrumpió M. Besnard: en la noche del 4 de agosto hice lo mismo que los Montmorency, los Lafayette, los Lameth y tantos otros: di mi consentimiento para la abolicion de la nobleza, dejé mi título y tambien el nombre de mi solar, para tomar el de mi familia. Vendí mis posesiones de Savigny y me llamé Besnard: me casé algun tiempo despues y nunca han sabido ni mi muger ni mis hijos que su esposo y su padre habia sido marqués.

--De ahí nace mi equivocacion, dijo madama de Albois, y como habeis vivido lejos del mundo, debeis comprender que es aquella tan posible como disimulable. Recobrad vuestro nombre, señor marqués, y mi nieta será del jóven Savigny.

--No, señora: yo no vuelvo á tomar lo que una vez he abandonado: tiene muy poca gracia eso de adornarse con un título que se dejó, de recobrar un escudo de armas que uno mismo ha hecho pedazos.... Y como, Juanilla! tienes tú mas apego á tus flamantes

pergaminos que yo á mis rancias ejecutorias?... Guárdalos, pues, que este matrimonio no te quitará tu condado; pero no te niegues á enlazarte con el pueblo y piensa que algo vale, aunque no sea sino porque puede ennoblarse como tú te has ennoblecido. Podeis creer, señora, que nunca abusaré de nada, de ningun hecho, de ningun recuerdo, y si hoy os he puesto ante los ojos los pasados tiempos, era mas bien para acercarme á vos que para disgustaros; pero, en nombre del cielo, tened lástima de Alfredo, tened compasion de la señorita Romans: esos jóvenes se aman: ¿hemos de ser severos con el amor, cuando él nos ha dado los primeros placeres y ha hecho nuestra fortuna?

--Pero, señor marqués, creo que nunca publicareis vuestras memorias?

--Nunca, señora condesa, ademas, hoy he enagenado el capítulo mas gracioso; pero tambien confio que por vuestra parte no habrá nada de marqués, nada de Savigny: desde el 4 de agosto de 89 me llamo Besnard.

--Lo prometo, dijo la condesa. ¿Quereis darme de comer y veniros despues á pasar conmigo la noche, pues tengo gentes?

--Os prevengo una cosa, señora condesa: no estaremos solos: comereis con Alfredo.

--Con mi nieto? de buena gana.

Ocho dias despues se firmó ante las dos familias reunidas el contrato de boda que unia á Alfredo Besnard con la señorita de Romans, y el primero, despues de haber leído los nombres y apellidos de todos los firmantes, corrió

á donde estaba su abuelo y le dijo al oído:

--Señor, la condesa de Albois se llama Juanilla: seguro estaba de ello.

--Os engañais, caballero; no sueña en el contrato el nombre *Juana*; y además me prometisteis no adivinar cosa alguna.

DE CÓMO LA HERMOSA SARA SE FUÉ CON LA MÚSICA Á OTRA PARTE.

(Fragmento de una leyenda.)

Entre sombrías y apiñadas nubes
Su postrer esplendor vierte la luna
Y á su pálida luz en los espacios
Caprichosos contornos se dibujan.
Ya son las formas de un feudal castillo,
Ya un torreón de gótica estructura,
Ya el arco de un alcázar derruido,
Ya de un magnate la mansion augusta,
Ya de un soberbio templo sacrosanto
Las torres y fantásticas agujas
Y alados mónstruos que del muro arrancan
Con rostros fieros y actitud sañuda.
Si el viento á veces en las altas torres
Penetra, y melancólico retumba
Parece que el arcángel de las sombras
Los aspectos fatídicos conjura.
Calla la voz del trovador amante,
Duermen los ecos en la umbría gruta,
Y tal vez solo en el desierto claustro
Austero monje con fervor murmura.
Y á veces de la escelsa Salamanca
La paz solemne y misteriosa turba
De las nocturnas aves el graznido
Que en son siniestro los espacios cruza.

Un hombre en tanto en su callada estancia
Sobre un antiguo pergamino estudia
La Kabbalach recóndita, y su mente
Con sus arcanos tenebrosos lucha.

De nada, nada brota. ¡Frase impía!
Dice, y su frente pálida se anubla;
¡Ah Señor! con los rayos de tu gloria

Mi limitada inteligencia alumbra.
¡De nada, nada se hace! Y tal principio
Que mis confusos raciocinios turba,
¡No niega que sacó Dios de la nada
Esta tierra, esos cielos, esa luna,
Este universo, en fin, cuya grandeza
Mi deleznable pensamiento abruma
Sin que comprenda en mi impotente anhelo
Ni un átomo del aura que lo impulsa?
Dijo, y calló, quedando sumergido
En su sublime reflexion profunda,
Vacilando tal vez su pensamiento
En los abismos de insondables dudas.
Y á veces golpeándose la frente
¡Estéril ciencia! sin cesar murmura,
¿Mas quién soy yo, para querer alzarme
A las regiones de la luz augusta?
¿Quién de la mar numera las arenas?
¿Quién de su abismo penetró la hondura?
¡Oh corazón, humilla tu arrogancia!
¡Oh lengua impía, permanece muda!
Esclamó Abraham Zacuth, cuya ancha frente
El sol sublime de la ciencia alumbra,
Docto varón que á penetrar alcanza
De las estrellas la ignorada ruta,
De la Kábala umbría los arcanos
Y de Moisés las santas escrituras.
El cuerpo cubre del severo hebreo
De camelote desceñida túnica
Y circuye su sien ancho turbante
De leve tela de sin par blancura.
Y véñse por la estancia confundidos
Mapas, esferas y hórridas figuras,
Crisoles y fantásticos espejos
Que despiden de luz ráfagas turbias.
En esto oyóse un argentino acento
Que, del salterio al son, dulce modula
Del pueblo de Israel cántica santa
Que de esperanza el corazón inunda.
De aquella voz al eco, que en la brisa
Como el suspiro de un querub ondula,
Ó como nube de oloroso incienso
Que el Arca Santa en ámbar perfuma;
Vió el hebreo cruzar ante sus ojos
El pueblo de Sion con pompa augusta,
Y reyes, sacerdotes y profetas,
Arrastrando sus graves vestiduras.
Pero la voz calló, y Abraham entonces
Con acento de lánguida ternura
Sara, esclamó, y entró al punto en la estancia
Sara, que el viento de esplendor inunda;
Sara, mas bella que la ardiente rosa

Que en Jericó los céfiros arrullan,
 Tierna como la tórtola inocente
 Que del Líbano anida en la espesura.—
 Canta, hija mia, tu apacible acento
 Siempre el abismo de mi mente alumbra,
 Y al eco de tu voz desaparecen
 Las tenebrosas sombras de la duda.
 Canta, Sara, otra vez, dijo; y la niña
 Sonriendo con cándida dulzura
 Y tocando el armónico salterio
 Al aire lanza mística canturia.
 Apenas resonó el himno sonoro
 De un hombre se escuchó la voz adusta,
 Sara calló, y Abraham hácia la puerta
 A recibir al hombre se apresura.
 Negro ropon arrastra el caballero,
 Y, entre sus pliegues, límpido deslumbra
 El blasonado puño de una daga
 Pendiente de un cordon á su cintura.
 Sentándose con aire decidido,
 Sin aguardar invitacion alguna,
 Echó mano al birrete, descubriendo
 Su cabellera gris, pero aun profusa;
 Y en medio de la cuál clara revela
 Su estado, la eclesiástica tonsura,
 Discorde con su bravo continente
 Y con la limpia daga que deslumbra.—
 Hablarte necesito, Abraham, á solas,
 Y esta muchacha aquí no es oportuna.—
 Marcha al punto á tu estancia, Sara mia;
 Don Juan, podeis hablar.—Zacuth, escucha.

MANUEL VILLAR Y MACIAS.

ELMIRA.

Todos dicen que mi Elmira
 Es hechicera y donosa,
 Mas olvidan que la rosa
 Espinas tiene tambien;
 Y que entre las bellas flores
 Ocúltase cautelosa
 La serpiente ponzoñosa
 Que encierra funesta hiel;

¡Y no saben por ventura,
 Que entre amapola bermeja
 Suele esconderse una abeja

De envenenado aguijon?

Pues en Elmira se oculta;
 Como en la roja amapola,
 Un áspid en la corola
 De la flor del corazon.

TELESFORO GOMEZ RODRIGUEZ

ESTUDIOS FÍSICOS Y QUÍMICOS.

DEL AIRE ATMOSFERICO. (1)

(Continuacion.)

«Si los animales producen incesantemente ácido carbónico, agua, azoe y óxido amónico, los vegetales consumen tambien incesantemente estos mismos productos. De suerte que considerados estos hechos bajo el punto de vista mas elevado de la física del globo, sería menester decir que las plantas y los animales, en lo relativo á sus elementos, verdaderamente orgánicos, se derivan del aire y no son mas que aire condensado; y que para formarse una idea exacta y verdadera de la constitucion de la atmósfera en las épocas que han precedido al nacimiento de los primeros seres organizados, era preciso dar al aire, por el cálculo, el ácido carbónico y el azoe, de los cuales han tomado sus elementos las plantas y los animales. Son por consiguiente los seres organizados, verdaderas dependencias de la atmósfera.

Se sabe por resultados evidentes que

(1) Este artículo es continuacion de la leccion explicada en París por Mr. Dumas.

los animales no crean verdaderas materias orgánicas, sino que las destruyen; que las plantas, al contrario, crean habitualmente estas mismas materias, de las cuales destruyen pocas y eso en circunstancias particulares y determinadas.

En el reino vegetal es, pues, donde reside el gran laboratorio de la vida orgánica; en él es donde se forman, y á espensas del aire, las materias vegetales y animales.

Los vegetales sirven de alimento á los animales herbívoros, destruyen estos una parte de aquellos y acumulan el resto en sus tegidos.

Los animales herbívoros pasan enteramente formados á los carnívoros, destruyéndolos ó conservándolos segun sus necesidades.

En fin, durante la vida de los animales ó despues de su muerte, las materias orgánicas á medida que se destruyen, vuelven á la atmósfera de donde provienen.

La atmósfera se nos representa como el depósito de las materias primeras de toda organizacion; los volcanes y las tempestades como los laboratorios en donde se forman desde luego el ácido carbónico y el nitrato amónico, cuya existencia era necesaria para manifestarse ó multiplicarse.

Con su auxilio, la luz viene á dar desarrollo al reino vegetal, productor inmenso de materia orgánica: las plantas absorben la fuerza química que reciben del sol, para descomponer el ácido carbónico, el agua y el nitrato amónico, como si las plantas se convirtieran en un aparato de reduccion,

superior á todos los que conocemos, porque ninguno de ellos descompone el ácido carbónico en frio.

Vienen en seguida los animales, consumidores de materia orgánica y productores de calor y de fuerza, verdaderos aparatos de combustion. En ellos es donde la materia organizada se reviste de su mas alta espresion sin duda, convirtiéndose en vehículo del sentimiento y del pensamiento: bajo esta influencia la materia organizada se quema, y al producir el calor y la electricidad, que constituyen nuestra fuerza y poder, se destruyen para volver á la atmósfera de donde salieron.

Los animales que no sirven mas que de tránsito á la materia organizada, la queman ó la consumen para producir á sus espensas el calor y las diversas fuerzas que sus movimientos ponen en juego.

Permitidme, que tomando de las ciencias modernas una imagen bastante grande para que pueda soportar la comparacion con estos grandes fenómenos, asemejemos la vegetacion actual, verdadero almacén, donde se alimenta la vida animal, á ese otro almacén de carbon, que constituye los antiguos depósitos de hulla y que quemado por el genio de Papin y de Watt, viene tambien á producir ácido carbónico, agua, calor y movimiento, como si digéramos casi la vida y la inteligencia.

Si reasumimos, veremos que la atmósfera primitiva de la tierra consta de tres grandes partes:

La una que constituye el aire atmosférico actual, la segunda que está

representada por los vegetales, y la tercera por los animales.

Los vegetales verdes constituyen el gran laboratorio de la vida orgánica, produciendo lentamente con el carbono, hidrógeno, azoe, agua y óxido amónico todas las materias orgánicas mas complicadas. Las fuerzas necesarias para este trabajo las reciben de los rayos solares bajo la forma de calor ó de rayos químicos.

Los animales se asimilan ó absorben las materias orgánicas formadas por las plantas. Las alteran poco á poco y las destruyen. Pueden nacer en sus tegidos ó en sus vasos materias orgánicas nuevas, pero son siempre mas sencillas y mas próximas al estado elemental que las que han recibido.

Desaparecen poco á poco estas materias orgánicas, creadas lentamente por las plantas, transformándose paulatinamente en ácido carbónico, agua, azoe y amoniaco, en cuyo estado son restituidas al aire.

El calor que los animales producen, al quemar ó destruir las materias orgánicas, radia en el espacio y reemplaza el que los vegetales habian absorbido.

Asi pues, todo lo que el aire dá á las plantas, estas lo ceden á los animales y los animales al aire: círculo eterno en que se agita la vida y se manifiesta, y en el cual la materia no hace mas que cambiar de lugar.

La materia bruta del aire, organizada poco á poco en las plantas, viene pues á funcionar sin cambio en los animales y á servir de instrumento á la inteligencia, pero vencida por este

esfuerzo, y como despedazada, vuelve, materia bruta, al gran reservatorio de donde habia salido.»

(Se concluirá).

J. JOSÉ VILLAR.

LOS DOS INGLESES.

„Venga vd. mañana á comer conmigo.—De muy buena gana lo haria, amigo mio; pero me he dado palabra de matarme mañana mismo „

BULWER.

Por cierto que son gente algo estrafalaria nuestros nuevos aliados los ingleses, y que no deja de ser cosa muy digna de atencion, el que, á pesar del roce continuo que han tenido de largos años á esta parte con todas las naciones del continente, conserven vírgenes todavia su originalidad y aspereza estos valientes isleños. Su idioma, sus costumbres, y hasta su modo de vestir, todo lleva el sello de la singularidad, todo los hace distinguirse de los demas hombres en cualquier parte donde se hallan, cosa que, á decir verdad, los hace en extremo apreciables á mis ojos; y lo mismo, salvo alguna que otra escepcion, sucede á cuantos tienen ocasion de frecuentar su trato. Si carecen de aquella amable ligereza que caracteriza la sociedad de los franceses y de aquella brillante travesura y mantecosa elasticidad que distinguen á los italianos, poseen, en cambio, una rectitud de principios y una sensibilidad tan profunda, que hacen de ellos los mejores amigos pa-

ra el trato de la vida que pueden hallarse en toda Europa, si se exceptua á los que han tenido la dicha de nacer en nuestra España. La historia privada de la mayor parte de los ingleses presenta, para los que saben meditar sobre los misterios del corazón humano, una porcion de anomalías y contrastes que muy rara vez se encuentran en la historia de los demás hombres. El clima áspero de su país debe necesariamente contribuir á fomentar la melancolia habitual de su carácter; y la extraordinaria vehemencia con que se desarrolla en ellos el amor de la patria, es causa probablemente de su mucho orgullo y gravedad. Algunos atribuyen la glacial circunspeccion que los distingue á falta de sensibilidad; pero se engañan: los ingleses son como cierto fruto americano que debajo de una corteza durísima, encierra el mas delicado manjar. Esto no impide sin embargo que sean en efecto muy estafalarios, como lo prueba la siguiente anécdota:

Paseábanse una mañana dos amigos ingleses por los hermosos bosques de *Regenles Park*, siguiendo las orillas de un arroyo bastante crecido, que, segun la costumbre de los jardines de Inglaterra, serpenteaba por aquellas praderas, imitando con ingenioso y oculto artificio los caprichos de la naturaleza. Llamó la atencion de los dos amigos un arbolito en extremo gracioso, cuyas ramas caian sobre las aguas del arroyo, bañando en ellas algunas de sus hojas, lánguidas como la cabeza de un amante reclinada en el seno de su querida.

--Hermoso arbolito por cierto, dijo el un amigo al otro, mirando atentamente las ramas que inclinaba sobre el arroyo.

--En efecto, respondió su compañero; difícil seria hallar un objeto mas delicado y mas puro que el que estamos mirando. ¡Qué color tan encendido!... Qué lozanía!... Qué gracia!.. Pero con todo; añadió dando á su fisonomía meditabunda una espresion muy singular, como si de repente le hubiere ocurrido una idea luminosa; una cosa le falta á ese arbolito para ser lo que se llama un objeto digno de profunda meditacion.

--Y qué es ello?

--Sí, prosigió como si no hubiera oido esta pregunta; le falta una cosa que le embellecería sobremanera, y... yo me encargo de proporcionársela.

--Pero qué es lo que falta?

--Mire vd., amigo, mañana á estas horas pase vd. por aqui; mire este árbol con atencion y verá como le parece mucho mas extraordinario y patético que en este momento.

--Allá lo veremos, contestó el otro sonriendo; y á fé que no dejaré de venir á ver esa curiosidad que vd. me anuncia.

Prosiguieron su paseo los dos amigos sin que les sucediese cosa digna de contarse, y mudando frecuentemente de conversacion hasta el punto de olvidar la que habian tenido acerca del arbolito. Separáronse al rededor de las cuatro de la tarde, despues de haber encargado nuevamente á su compañero el que habia tenido la ocurrencia de embellecer el árbol, que

no dejara de volver al dia siguiente por la mañana.

Asi lo hizo en efecto nuestro inglés; y habiéndose llegado á contemplar de cerca el misterioso vegetal, vió, lleno de horror, que pendia un hombre ahorcado de sus gentiles ramas, y este hombre, luego que lo hubo mirado con atencion, vió que era su mismo amigo con quien habia paseado el dia antes por las orillas de aquel arroyo.

VARIEDADES.

ARMÓNICA.—Este instrumento, que inventó el célebre Franklin en 1760, consiste en una caja cuadrada, en la que están asegurados muchos vasos redondos de vidrio de diferentes diámetros. Pasando el dedo mojado sobre el borde de ellos, sale un sonido melodioso y parecido al que hacen los persas sobre siete copas de porcelana llenas de agua, que hieren con una varita de marfil ó de ébano. Los sonidos de la *armónica* se parecen al de la voz humana, y los vasos se templan aumentando ó disminuyendo el agua que contienen. La primera persona que dió á conocer este instrumento en París, fué una inglesa llamada Miss Davies, el año de 1765, y por los de 1800 el capellan de San Antonio de los Portugueses en Madrid, llamaba la atencion de los aficionados por su estremada habilidad en tocarle.

AGRAMADERA.—Esta máquina, in-

ventada en Francia hace pocos años por Mr. Laforest, oficial retirado, es muy sencilla, de poco coste, y sirve para la preparacion de los cáñamos, linos y otras plantas textiles, sin necesidad de ponerlas á curar antes, ni de emplear ningun reactivo químico.

AJEDREZ.—Hay varias opiniones acerca del inventor de este juego, llamado en lengua persa *scah*, que significa rey, nombre de su primera y principal pieza. Unos creen que fué inventado en las Indias orientales á principios del siglo V por un bramín llamado Sissa, que de allí pasó á la Persia, y que despues vino á Europa. Otros suponen que Palamedes, príncipe de la isla de Eubea, hoy Negroponto, inventó el *ajedrez* durante el sitio de Troya: y por último, algunos atribuyen su invencion á un filósofo caldeo que vivia muchos años antes de nuestra era.

ALFARERO.—Este arte tuvo principio en el Oriente, y fué tan honrado de los israelitas, como menospreciado de nosotros. En la genealogía de la tribu de Judá, la sagrada Escritura hace mencion de los *alfareros* que trabajaban para el rey, y que vivian en sus jardines. En Occidente se conoció mucho mas tarde esta invencion. (Véase *Rueda de alfarero*).

ARCO IRIS.—Hasta principios del siglo XVII el *arco iris* habia sido mirado como un prodigio inesplicable; pero el ex-jesuita Marco Antonio de Dominno, arzobispo de Spalatro en la

Dalmacia, fue el primero que en 1611 demostró la causa que produce los colores de este brillante meteoro.

ARIETE.—Máquina militar en forma de cabeza de carnero, que empleaban los antiguos para batir las murallas: se dice que la inventó Epeo, príncipe griego, por los años 1198 antes de nuestra era; aunque otros atribuyen su invención á los cartagineses.

BARRENA.—Instrumento de carpintería, cuya invención atribuyen algunos al ateniense Dédalo.

BASA.—Se vió por primera vez en las columnas del célebre templo de Diana en Éfeso, construido unos 550 años antes de nuestra era.

BERLINA.—Este carruaje fué inventado en *Berlin*, capital de Prusia, por el arquitecto Felipe Chiese; aunque algunos atribuyen su invención á los italianos.

ANUNCIO.

En la librería de Vazquez, calle de la Rúa, núm. 15, se encuentran de venta los efectos siguientes.

Cajas de papel de *ilusion* de todos tamaños con los sobres correspondientes, bonitas obleas, lacres etc. para señoritas.

Cajas de papel *chinois* inglés y francés, clase superior.

Cajas de papel inglés de luto de varias clases. La circunstancia de estar el Sr. Vazquez en relacion directa con una casa de París, hace que pueda esponder todas las anteriores clases de papel, que son las mejores que se conocen, con la mayor equidad.

Papel superior de aguas imitando al inglés (de Tolosa). Papel ministro canto dorado; id. satinado fino y fuerte, blanco y violeta; papel de seda sumamente delgado para escribir al extranjero.

Sobres para cartas de todas clases y tamaños.

Lacres superiores superfinos ingleses, franceses é italianos. Los lacres franceses fueron premiados en la exposicion de Lóndres.

Bonitos tinteros de cristal y porcelana; plumas de acero cortadas á la inglesa y á la española: lindísimos portaplumas, lapiceros..... y demas objetos de escritorio.

Rectificacion de erratas.

En el número anterior, página 264, columna segunda, línea quinta, donde dice «denarias» léase antes la palabra «monedas» que está en la misma después «de Trevous.»

En la misma página y columna, línea 38, al final del párrafo, donde dice «y *distintivo de sus armas*, léase» como el mejor distintivo de sus armas.

SALAMANCA.—1854.

IMPRESA DE D. B. MARTIN Y COMPAÑÍA.